

Reivindicación de la misericordia

PEDRO TRIGO

Una carta del papa puede analizarse como un mensaje arrojado al espacio disputado de los mass media y de la lucha ideológica, un mensaje anónimo y exterior que descodificamos con las mismas pautas que los demás mensajes que casualmente coincidieron en el mismo paquete. Desde este punto de vista en la última carta del papa causó extrañeza el método —del misterio cristiano a la aplicación actual— y la contraposición, que descubrieron algunos, entre misericordia y justicia; ambas cosas se atribuyen a la mentalidad eslava, teocéntrica antes que antropocéntrica, y mística más bien que atendida a la legalidad de los diversos órdenes de la realidad. Nosotros no leímos así la carta. Asumiendo que el papa tiene que ver con uno, leímos la carta dejándonos interpelar por ella, ya que la consideramos como una exhortación personal dirigida a nuestra edificación. Pretendemos sin embargo que esta lectura participada e interesada, aunque ciertamente selectiva, es también objetiva y penetra más profundamente que un análisis exterior y desinteresado.

El día 30 de noviembre del año pasado publicó el papa una larga carta sobre la misericordia. Apenas encontró eco en nuestros medios de comunicación. Tal vez ello sea un síntoma de su acuciante oportunidad. Indicaría que no cabe en nuestros parámetros. Y en efecto, la carta reclama de nosotros un cambio de coordenadas mentales y de actitudes y disposiciones espirituales. Ahí estaría a mi modo de ver su valor: desborda los planteamientos vigentes. Nos dice que los problemas actuales son insolubles en el estado de ánimo que domina en nuestras sociedades y en nuestros corazones. La palabra del papa plantea la necesidad que tenemos de trascender, y esa sería la marca, de que en ella bulle un espíritu que supera el espíritu de nuestra cultura, alienta, además del de su cultura nativa, el espíritu de nuestro Dios que abre las situaciones cerradas y torna al hombre a su historicidad.

TERRIBLES TENSIONES SE HAN ACUMULADO SOBRE EL MUNDO

Juan Pablo II recuerda el diagnóstico del Concilio sobre la situación mundial. En la primera mitad de los años 60 aparecía un claroscuro de signos promisorios y de amenazas. En la coyuntura actual los peligros ocupan sin duda el centro de la escena. El papa se refiere a "las terribles tensiones que se han acumulado sobre el mundo" que engendran "la sensación de amenaza", "el temor existencial". Miedo por "la posibilidad de una autodestrucción por vía del conflicto militar". Pero miedo sobre todo por "la posibilidad de una subyugación 'pacífica' de los individuos, de los ambientes de vida, de sociedades enteras y de naciones, que por cualquier motivo pueden resultar incómodos a quienes disponen de medios suficientes y están dispuestos a servirse de ellos sin escrúpulos". Todo esto, prosigue el papa, "se desarrolla sobre el fondo de un gigantes-

co remordimiento" que proviene del hecho de que "el estado de desigualdad entre hombres y pueblos no sólo perdura, sino que va en aumento".

Estos peligros "son el producto de una civilización materialista, que —no obstante declaraciones 'humanísticas'— acepta la primacía de las cosas sobre las personas". El deterioro es tan profundo que pareciera como si la maquinaria del mundo se hubiera averiado y la humanidad, perdido el rumbo, reprodujera irremisiblemente un ciclo infernal: "Un mecanismo defectuoso está en la base de la economía contemporánea y de la civilización materialista, que no permite a la familia humana alejarse, yo diría, de situaciones tan radicalmente injustas".

Frente a esta radical amenaza —biológica y espiritual— que pesa sobre el hombre, constata el papa que "el sentido de la justicia se ha despertado a gran escala". "Esta corriente profunda y multiforme —prosigue—, en cuya base la conciencia humana contemporánea ha situado la justicia, atestigua el carácter ético de las tensiones y de las luchas que invaden el mundo".

La Iglesia participa de esta corriente: "La Iglesia comparte con los hombres de nuestro tiempo este profundo y ardiente deseo de una vida justa bajo todos los aspectos". El papa alude a los aportes doctrinales y a las iniciativas concretas que se vienen desarrollando. Pero se pregunta: "¿Basta la justicia?" La pregunta surge del análisis de los movimientos que en nuestro siglo han pretendido superar situaciones tan injustas: "No raras veces los programas que parten de la idea de justicia (...) en la práctica sufren deformaciones". Esta alteración práctica atestigua "hasta qué punto la acción humana puede alejarse de la misma justicia, por más que se haya entendido en su nombre". De esta constatación concluye que la superación del caos presente y la construcción de una civilización humana "no se conseguirá

nunca, si en nuestras concepciones y actuaciones, relativas a las amplias y complejas esferas de la convivencia humana, nos detenemos en el criterio del 'ojo por ojo, diente por diente', y no tendemos en cambio a transformarlo esencialmente, superándolo con otro espíritu".

Quisiera insistir en la radicalidad de este diagnóstico. Nuestra civilización —la llamada occidental y cristiana— está viciada; sus defectos estructurales son tan básicos que es incapaz de superar situaciones tan injustas. No tiene sentido entonces la llamada de los líderes a las masas para que se encuadren a fin de defender el sistema. Este sistema no merece ser defendido, ya que ni siquiera es perfectible; debe ser más bien trascendido para defender a la vida, para reivindicar la dignidad humana. Es falso que se trate simplemente de problemas técnicos que hayan de resolverse por mecanismos de mercado y manipulaciones monetarias. Las tensiones y luchas actuales tienen un componente ético que no puede soslayarse. ¿Cómo responderán las gentes a la llamada de los líderes a participar cuando en las reglas de juego priva la mercancía sobre la persona? En estas condiciones, encuadrar el cristianismo en la civilización occidental equivale a privarlo de todo contenido, más aún a pervertirlo convirtiéndolo realmente en "alma de un mundo desalmado".

Pero, reconocida la radical injusticia de nuestra civilización, se impone igualmente la apreciación de que los profundos y ardientes deseos de justicia y los programas inspirados por ella no se han revelado hasta hoy como alternativas suficientemente superadoras. Desde una profunda simpatía hacia estos intentos, es preciso reconocer también las desviaciones. Ya resulta insostenible la excusa de que se está aún en fases iniciales y en condiciones de precariedad y amenaza. La verdad es que los socialismos históricos no han sido capaces de

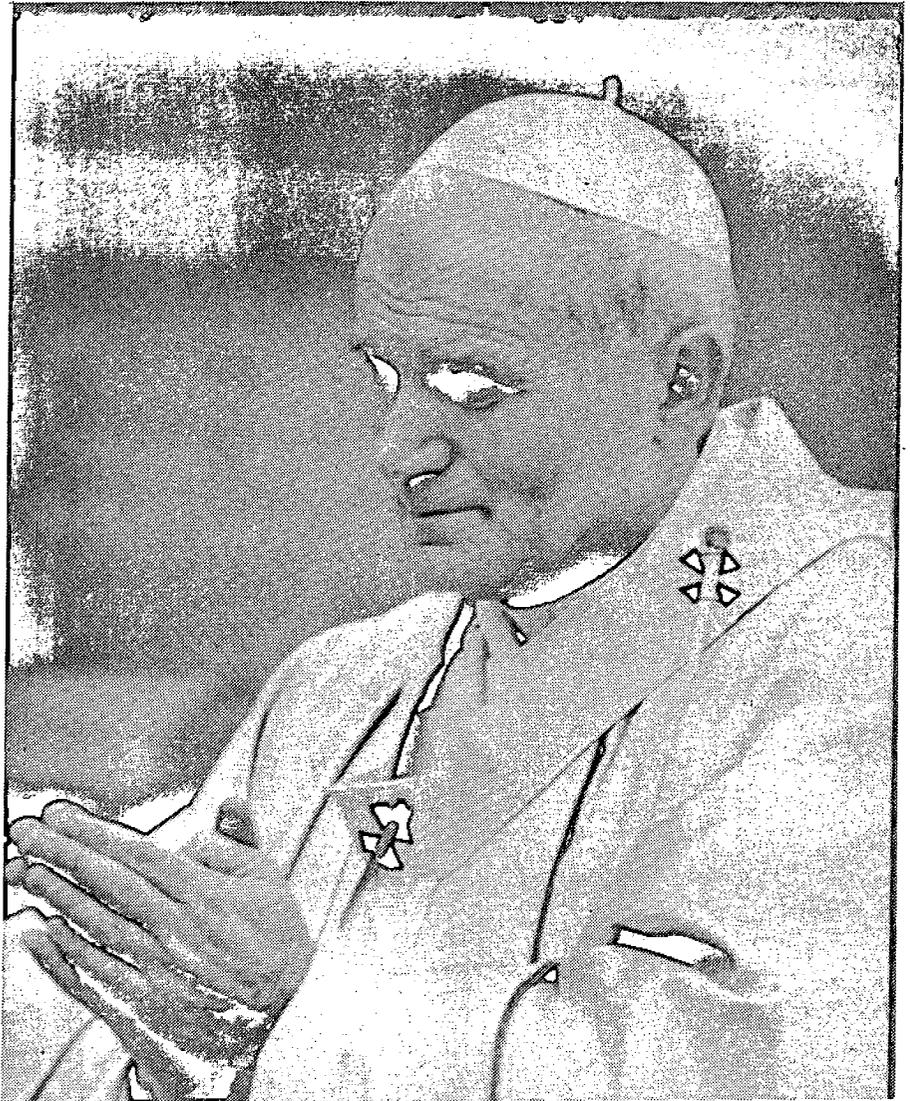
engendrar dinamismos tan sostenidos y creadores como para renovar el mundo, y a esta altura parecieran poco más que una variante de la civilización occidental. Y por lo que respecta al Tercer Mundo, fuera de algunas consoladoras y promisorias excepciones, el natural impulso hacia la realización de la justicia distributiva y vindicativa, reforzado sistemáticamente por la prédica de la izquierda tradicional, se ha mostrado radicalmente insuficiente para romper dependencias, superar carencias y sanar de raíz el tejido social. Me parece importante señalar esta insuficiencia de planteo. No podemos seguir achacando todas nuestras dificultades al imperialismo y a su aliado, la burguesía dependiente, por un lado, y a desviaciones y traiciones por el otro. Nuestros problemas derivan también de que nuestros planteamientos teóricos y vitales son insuficientes.

REIVINDICACION DE LA MISERICORDIA

Para salir de esta situación el papa apela a las fuentes más profundas y sagradas del cristianismo: a la misericordia. El papa contempla el mundo a los ojos de Dios y lo ve necesitado de misericordia. Pero ve también que el mundo desconoce esta necesidad y, como carece de una profunda experiencia de la misericordia, la rechaza: "La mentalidad contemporánea, quizás en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia". La civilización occidental la rechaza a causa de una idea fatua y despersonalizada del progreso; aun la palabra misericordia —dice el papa— le produce desazón, ya que su dominio sobre la tierra, "entendido tal vez unilateral y superficialmente, parece no dejar espacio a la misericordia". Quienes luchan denodadamente por la justicia, apoyando su apreciación en experiencias históricas ciertamente alienantes, "consideran la misericordia como un acto o proceso unilateral que presupone y mantiene las distancias entre el que usa misericordia y el que es gratificado, entre el que hace el bien y el que lo recibe. Deriva de ahí la pretensión de liberar de la misericordia las relaciones interhumanas y sociales, y basarlas únicamente en la justicia".

VINCULACION ENTRE LA MISERICORDIA Y LA JUSTICIA

La carta, aunque es una apelación



a todos, se dirige en su argumentación a quienes luchan por la justicia, considerándolos como los interlocutores más adecuados. Trata de descubrirles "la vinculación fundamental entre la misericordia y la justicia, de que habla toda la tradición bíblica, y en particular la misión mesiánica de Jesucristo". En primer lugar afirma que la misericordia comprende la justicia: "En ningún paso del mensaje evangélico el perdón, y ni siquiera la misericordia como su fuente, significan indulgencia para con el mal, con el escándalo, la injuria, el ultraje cometido. En todo caso, la reparación del mal o del escándalo, el resarcimiento por la injuria, la satisfacción del ultraje son condición del perdón". En suma: "El cumplimiento de las condiciones de la justicia es indispensable a fin de que el amor pueda revelar el propio rostro".

En segundo lugar, asienta el papa, la justicia debe ser "perfeccionada" por la misericordia, ya que si la justicia "es de por sí apta para servir de 'árbitro' en-

tre los hombres en la recíproca repartición de los bienes objetivos según una medida adecuada, el amor en cambio, y solamente el amor (también ese amor benigno que llamamos misericordia) es capaz de restituir el hombre a sí mismo". La justicia distributiva y vindicativa, en efecto, serían aptas para eliminar fricciones, pero no son capaces de crear vínculos efectivos entre los hombres. Un mundo regido sólo por ellas "sería solamente un mundo de justicia fría e irrespetuosa, en nombre de la cual cada uno reivindicaría sus propios derechos respecto a los demás; así los egoísmos de distintos géneros, adormecidos en el hombre, podrían transformar la vida y la convivencia humana en un sistema de opresión de los más débiles por parte de los más fuertes o en una arena de lucha permanente de los unos contra los otros".

Pero lo original de la encíclica estriba en el planteamiento según el cual "la auténtica misericordia es, por decirlo así, la fuente más profunda de la justicia.

En una consideración meramente conceptual, la justicia aparece como requisito para el amor, pero en la existencia histórica de hombres y sociedades sólo el amor misericorsioso es capaz de hacer justicia. De ahí la necesidad, que el papa plantea de modo apremiante, "de recurrir a fuerzas del espíritu, más profundas aún, que condicionan el orden mismo de la justicia". Porque si esas fuerzas no existieran, ¿qué motivaciones serían capaces de movilizar a los hombres para construir este orden justo? La pura luz carece de fuerza para arrostrar dificultades y disponerse a sacrificios, y la elemental justicia vindicativa, la ley del talión (irrenunciable como umbral mínimo, fuera del cual los hombres renunciamos a la humanidad) no puede evitar que surja un nuevo ciclo de violencia. El paso gigantesco que supone derribar al capital como fetiche y colocar en el centro a las necesidades y el trabajo humano no es suficiente de por sí para restituir el hombre a sí mismo. "Así pues —concluye el Papa— la misericordia se hace elemento indispensable para plasmar las relaciones mutuas entre los hombres, en el espíritu del más profundo respeto de lo que es humano y de la recíproca fraternidad. Es imposible lograr establecer este vínculo entre los hombres si se quiere regular las mutuas relaciones únicamente con la medida de la justicia."

EL ROSTRO GENUINO DE LA MISERICORDIA

Arrancando de las relaciones de Dios con nosotros, define el papa la misericordia como el amor operante que "se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza; en contacto con toda la 'condición humana' histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre, bien sea física, bien sea moral". Se trata del hombre que se abre —según la expresión de la Biblia— a su propia carne, que se muestra sensible y cercano al hombre, "sobre todo cuando sufre, cuando está amenazado en el núcleo mismo de su existencia y de su dignidad". Si falta esta dimensión fundamental, si el hombre no se conmueve ante la miseria, ante el dolor, ante la opresión, ante la tortura, ¿qué le puede importar una ley mercantil, el código penal, la constitución o cualquier recomendación de las Naciones Unidas? A un hombre así sólo una fuerza bruta superior a la suya le podría contener. Si falta la misericordia, "el hombre es lobo para el hombre". De este tipo humano ¿se puede esperar justicia?

De ahí la llamada del papa a restituir esta dimensión fundamental, la misericordia, que es sencillamente la humanidad de los hombres. Sólo los misericordiosos son capaces de practicar la justicia plena, que consiste, más allá de la justicia vindicativa y distributiva, en la justicia recreadora, la que es capaz de transformar y hacer justos. Esta es ante todo la justicia de Dios con nosotros; de ahí que en la Biblia "el término mismo de justicia terminó por significar la salvación llevada a cabo por el Señor y su misericordia". Y esta debe ser también la justicia entre los hombres; y desde luego ella "constituye la esencia del ethos evangélico": El "ojo por ojo y diente por diente" y el "a cada uno lo suyo" a lo más que pueden llegar es a restaurar precarios equilibrios; no contienen dinámicos capaces de transformar las situaciones sanando las mismas raíces del mal. Para eso es preciso la justicia entendida como salvación, el "amor misericordioso que por su esencia es amor creador": "la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio —dice el Papa comentando la parábola del hijo pródigo— cuando revalida, promueve y extrae el bien de todas las formas de mal existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión. Así entendían también y practicaban la misericordia sus discípulos y seguidores. Ella no cesó nunca de revelarse en sus corazones y en sus acciones, como una prueba singularmente creadora del amor que no se deja 'vencer por el mal', sino que 'vence con el bien al mal'".

El amor-de-justicia, la misericordia es una actitud profundamente dialéctica que desborda de raíz al asceta que huye del mal y al justo que se contenta con no hacer mal a nadie. Es una actitud activa, que se mete en la situación tocada por la necesidad, el dolor y la injusticia para transformarla.

La causa de este dinamismo está en esa apertura fundamental ante la propia carne, que urge a salir al encuentro del que lo necesita. El papa insiste una y otra vez en el carácter bilateral de este encuentro como la contraseña de la auténtica misericordia, que sólo existe "cuando practicándola, nos convencemos profundamente de que al mismo tiempo la experimentamos por parte de quienes la aceptan de nosotros. Si falta esta bilateralidad, esta reciprocidad, entonces nuestras acciones no son aún auténticos actos de misericordia, ni se ha cumplido plenamente en nosotros la

conversión". Ya que la conversión consiste precisamente en volverse al que lo necesita sabiéndose también uno necesitado.

Este sería el sentido de la parábola del buen samaritano. ¿Quién es mi prójimo, para que le haga bien? había preguntado el doctor, y Jesús le retruca la pregunta: ¿Quién es el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? El cambio de la pregunta significa el paso de la ley al amor, del sujeto propio como centro al hombre necesitado como el que reclama al sujeto y lo saca de sí, lo desvía de su camino, de su círculo de intereses y es entonces cuando, perdiéndose en el encuentro con el oprimido, se gana, se hace prójimo, recobra su humanidad. Si el hombre sabe que sólo se restituye a sí mismo en la relación humanizadora, está excluida de la misericordia toda arrogancia, ya que el encuentro que instaura dignifica a ambas partes que reciben en él la dignidad humana no como mérito o premio sino como mutuo don: "La igualdad introducida mediante la justicia se limita al ámbito de los bienes objetivos y extrínsecos, mientras el amor y la misericordia logran que los hombres se encuentren entre sí en ese valor que es el mismo hombre, con la dignidad que le es propia".

LA MISERICORDIA COMO PROPOSICION HISTORICA

En estos razonamientos del Papa subyace una antropología difícilmente asimilable y ni aun asequible para la cultura vigente. Esta se mueve por un ideal de objetividad despersonalizada. Los procesos tecnológicos y burocráticos que están a la base de esta ideología se caracterizan por la componencialidad y el anonimato: los hombres quedan reducidos a la categoría de componentes que se barajan como una variable más en modelos cuya finalidad los sobrepasa, o de expedientes que se tramitan de acuerdo a reglas estereotipadas. Los vínculos personales quedan expresamente eliminados. Su ámbito, en nuestra cultura, queda rigurosamente restringido a la vida privada, celosamente separada de los roles sociales.

Por este proceso el Occidente ha pretendido escapar de la arbitrariedad de subjetividades que se erigieron en norma para los demás. Frente a "el Estado soy yo" de la monarquía absoluta colocó el imperio de la ley absolutamente objetivada. En muchos aspectos el avance ha sido innegable. Sin embargo a estas alturas del proceso a nadie se le escapa que la formulación generalizante

no es garantía de igualdad sino frecuentemente, por el contrario, el modo de encubrir intereses particulares de personas o clases. También es patente la incapacidad —que recalca el Papa— de crear vínculos profundos y voluntarios; pero, como por otra parte estos vínculos son imprescindibles para que no nos despedacemos, la sociedad nos arrebatara enormes cantidades de energías para autopreservarse y de ahí el malestar, que subrayó Freud.

Frente a esta situación la proposición de la misericordia no puede significar una alternativa global que, suprimiendo el realismo humilde del orden objetivo, se debata de un modo desnudo entre las cumbres más eximias y los peores excesos. Resulta miope y peligroso exaltar la misericordia a costa de la justicia. Tampoco es solución la mera yuxtaposición de dos fuentes de comportamiento humano y de ordenamiento social, uno objetivado y otro subjetivista, y menos aún si se reparten entre ambos los campos público y privado.

Se trataría ante todo de restituir el momento subjetivo tanto en las relaciones de producción como en las relaciones sociales. Estas relaciones no dependen sólo de la conciencia de cada individuo, pero tampoco puede considerarse a la legalidad de los procesos económicos y políticos como una causalidad natural. Ya que son los hombres quienes, sometidos a las limitaciones de los componentes materiales, los han diseñado. Estas relaciones crean en verdad al hombre; pero también son hombres los autores de estas relaciones. Lo que se pide es que estas relaciones se estructuren de tal modo que a través de ellas "los hombres se encuentren entre sí"; no como sucede ahora cuando, "a causa de la primacía de las cosas sobre la persona", los hombres se relacionan entre sí como si fueran cosas, en tanto que las cosas parecieran dotadas de designios, valores y finalidad.

El papa plantearía en su carta que este momento subjetivo no puede restituirse si está ausente la misericordia como encuentro concreto, individualizado, de rostro a rostro; como reconocimiento de la humanidad del otro, de su dignidad que me reclama. Sin este reclamo primordial que nos descentra no hay posibilidad de constituirnos como personas ya que la realidad personal es esencialmente respectiva y sólo se realiza en el amor-de-justicia. No se trata de un sentimentalismo barato sino de reencontrar la única actitud que puede devolvernos la humanidad perdida. Ninguna conquis-

ta podrá suplirla, ya que sólo el amor misericordioso "es capaz de restituir el hombre a sí mismo".

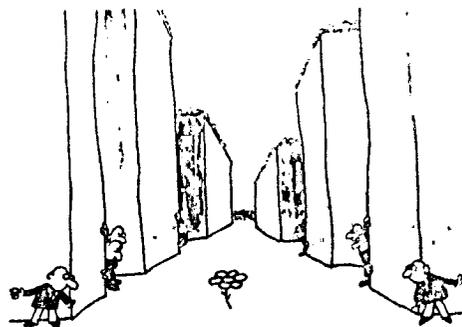
Es desde luego muy difícil volcar esta actitud sobre las relaciones entre clases, razas, sexos, pueblos, Estados y bloques. Es un reto a la creatividad que no puede dejar de intentarse. La encíclica afirma con energía que si se prescindiera de ella, ningún otro medio podrá evitar que la vida y convivencia humana se transformen "en un sistema de opresión de los más débiles por parte de los más fuertes o en una arena de lucha permanente de los unos con los otros".

¿QUE IMPLICA LA MISERICORDIA EN AMERICA LATINA HOY?

Es preciso —concluye el papa su carta— que el rostro genuino de la misericordia sea desvelado de nuevo; es —insiste— particularmente necesario en nuestros tiempos. Este es el caso, ciertamente, de América Latina. Piénsese, p.ej. en los Regímenes de la Seguridad Nacional, en los que la tortura es "ejercida sistemáticamente por la autoridad como instrumento de dominio y de atropello político, y practicada impunemente por subalternos". Ante el endurecimiento de corazón que ella denota. ¿qué puede significar una amonestación de la Iglesia o de la OEA o la persistente voluntad de los pueblos o los sistemas legales?

Y respecto de países como el nuestro, unas clases dirigentes que han endurecido su corazón a tal punto que acaban por acostumbrarse a los ranchitos, que ya no ven el dolor del pueblo, que al alto costo de la vida, al desempleo, a la proletarianización del pueblo le llaman costos sociales, ¿se detendrán ante minucias como los distintos códigos legales o aún la constitución nacional? De tales empresarios, políticos y jueces ¿puede esperarse justicia?

Es claro en nuestro país que la expectativa de justicia distributiva no basta para crear vínculos profundos. Los grupos empresariales, los partidos políticos, las asociaciones profesionales... se convierten en grupos de presión para reclamar presuntos derechos sobre la renta petrolera. De este modo los egoísmos individuales y colectivos se exacerban y el país semeja una despiadada rebatiña en la que los que no pueden presionar se quedan con las manos vacías, en tanto que el país se desarticula y parece no tener dolientes. En estas condiciones ¿resultará una frase vacía proclamar que sólo el amor y, ante carencias y desigualdades confesadas por todos, sólo el amor misericordioso será capaz de crear



solidaridades profundas por las que merezca la pena correr riesgos y sacrificios? Naturalmente que esta misericordia ha de mediar en proyectos políticos, económicos y culturales; pero si esa misericordia no existe, los proyectos, que los hay, ¿serán más que un vacío saludo a la bandera?

Por eso entiendo que la carta del papa, sin excluir a individualidades que como hermosas excepciones se encuentran o pueden emerger en las clases dirigentes, se dirige sobre todo a nuestros pueblos. Ellos son A.L. quienes, necesitados de misericordia, son capaces sin embargo de experimentarla y practicarla. Sólo ellos, por tanto, serán capaces de hacer justicia. El papa pediría al pueblo que no vea su misericordia como debilidad sino como fuerza, y que la custodie y perfeccione como su más alto capital.

La encíclica se dirige también a los que luchan por la justicia. Hace notar que en nuestras luchas se nos ha pegado con frecuencia mucho del ethos de los opresores; haría notar, pienso yo, que debemos desprendernos resueltamente de lo que el marxismo conserva de eurocentrismo arrogante, expresión de la contradicción en el centro supradesarrollado, y recibir lo más valioso del ethos de nuestros pueblos.

Gracias a Dios, el camino está iniciado: como el propio Fidel Castro reconoció, la revolución sandinista se ha ganado el respeto por su misericordia, por su liberalidad, por su capacidad de perdón, por su justicia recreadora; y a esta novedad histórica han contribuido los elementos cristianos que se volcaron en ella masivamente.

A los cristianos que hemos optado por la liberación de nuestros pueblos nos incumbiría la misión de realizar esta dimensión en el plano político y social, encontrándonos —desde nuestras irrenunciables fuentes evangélicas— con aquella constante del socialismo humanista, del marxismo cálido que vendría expresada en las conocidas palabras del Che, que pueden servir de colofón a esta carta: "El verdadero revolucionario debe estar animado por grandes sentimientos de amor".